

¿Políticamente correcto?

Una lectura de la mentira, el poder y la estructura social

Columna central

Lo políticamente correcto es aceptar la mentira del otro. En el juego de la lucha de todos contra todos, la política siempre miente.

Con solo analizar el término es fácil darse cuenta:

- política: polis, ciudad, policía, muchos
- mente: mentir, mentar con el pensamiento.
- correcto: recto, no obtuso.

El significante de estos fonemas nos conduce a debilitar la creencia en las mentiras provenientes del otro. Es como decir: "De todos los que mienten de pensamiento y habla algunos aciertan más que otros".

Aquí surge la pregunta:

¿Por qué debo aceptar la mentira que a veces es cierta y otras no?

¿A qué responde esta necesidad de creer en falsedades que emergen del pensamiento y la palabra de ciertos líderes (elegidos democráticamente), que a su vez mienten, revestidos bajo el significante del bienhechor de la ciudad?

Si cada mentira inventada se refleja como un patrón que se repite en infinitas escalas, en los laberintos del lenguaje y del deseo. ¿Qué nos conduce a sostener la mentira que a veces es cierta y otras se desvanece?

De modo opuesto, la verdad no sería un punto único sino un fractal de grietas, donde cada pregunta abre otra, y cada mentira descubierta desvela, silenciosa, la estructura que nos atraviesa en lo social.

Entonces, ser políticamente correcto nos obliga a ser experto en la mentira, convivir en la mentira, nos disfrazarnos, incluso nos mortificarnos, nos enfermarnos o nos alegrarnos con pocas veces con ella.

Volviendo al tema que nos ocupa, cuando estamos en tiempo de elecciones, lo que votamos no es ni más ni menos que el mejor fabulador. Esto es, al que mejor nos convenció ser políticamente correcto.

El discurso del político nos ha llevado a creer, a ilusionarnos y a desinformarnos por ejemplo, un futuro económico de éxito y prosperidad.

Sin embargo, podemos comprobar, diariamente esta estrategia de engaño que se replica de modo centrífuga y perpendicular en las mentes de los habitantes.

De esto nadie se escapa por más que uno diga en su fuero interno: "-a mí no me engaña nadie...".

Deseo subrayar que el discurso de lo políticamente correcto engaña, ilusiona, desinforma. Sus significantes horadan certezas y abren grietas en lo obtuso.



Lo políticamente correcto es tolerar lo siniestro

Por esas fisuras, el político hace creer, a través de los mass media, en la ilusión de poseer la salida de lo obtuso. Aquí el poder se muestra falaz. La verdad se fractaliza. Mandatos y engaños se repiten, infinitos, en cada escala de la estructura social.

Lamento desilusionarlo.

Lo políticamente correcto nos obliga a tolerar lo siniestro

Lo correcto aquí se constituye en lo más próximo, cuando la luz se convierte en “sol negro” —algo que el político rehúsa ver, al mirar hacia otro lado o al hacer la vista gorda—.

El infierno puede ser tu vecino, un gerente, el verdulero, el policía, la tarea que detestas pero debes cumplir por necesidad material, la ideología de otro que repugna, el compañero insoportable a tu lado.

Tolerar no es virtud: es aguantar lo impuesto, sufrir lo que te atraviesa, aceptar lo que no quieres hacer. Este malestar es el origen de la mayoría de las enfermedades.

Baste, como muestra lo laboral, lo políticamente correcto “acá” se reduce a “imponer sufrimiento sobre lo indeseable”, mientras el poder observa y la rutina se fractaliza. El poder permanece atento (de manera invisible mediante los bufones o alcahuetes).

El objetivo de estos espacio de poder como el trabajo es crear hábitos de pequeñas acciones, rutinas y mandatos cotidianos que se repiten y se reflejan en múltiples niveles de lo social. Con estas acciones se organizan fractales de control y obediencia.

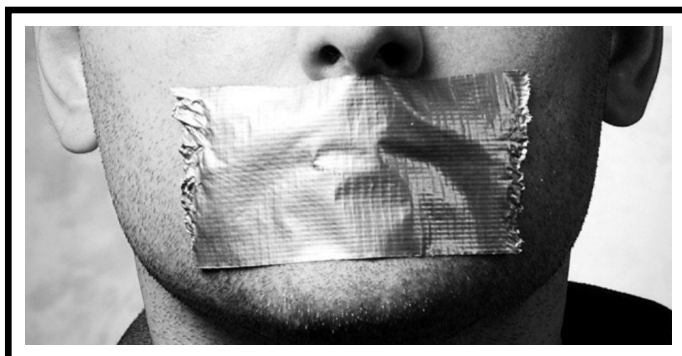
Aplicar el poder o lo políticamente correcto significa hacer que la gente cargue con lo que no quiere, obligándola a aceptar lo que le resulta molesto o insoportable, a menudo bajo la apariencia de norma, deber o tolerancia.

En otras palabras, la sociedad o las autoridades transforman lo desagradable en obligación, y así se perpetúa la rutina, el control y la obediencia. Es una manera de decir que el control social y la opresión no están solo en hechos aislados, sino que se replican en todos los aspectos de la vida, desde lo micro hasta lo macro.

Cada gesto, cada mandato, cada obligación se repite, infinitos, reflejando la estructura social que nos atraviesa y nos contiene.

El patrón del gesto indeseable recae siempre sobre los más vulnerables, algo que puede verse claramente en cualquier sociedad. Pues hay situaciones de opresión en las cuales es imposible resistir o corresponder.

El poder, es decir lo políticamente correcto no es lo mejor.





La interpretación (la mentira)



Los hechos concretos

Manifiesto lateral

- La avaricia motor del capitalismo
- Estado Nación - Patriotismo
- La (des)información cotidiana
- El malestar en el acuerdo
- ¿Quién defiende al trabajador?
- La inteligencia instrumental



NADIE ES DE NADIE

Imponer sufrimiento

El poder obliga. La rutina aplasta. Lo que detestas se convierte en deber. Tareas, reglas, roles, humillaciones: todo impuesto sobre tu espalda.

Lo indeseable no pregunta. Llega y se instala: un jefe injusto, un vecino molesto, una ideología que repugna. Todo lo que choca con tu deseo se convierte en obligación.

Tolerar no es virtud: es sufrir lo que atraviesa, aceptar lo que no quieres. Cada gesto, cada mandato, cada obligación se repite, infinitos, reflejando la estructura que nos atraviesa y nos contiene.

La estructura social

Las acciones y normas cotidianas no ocurren en el vacío, sino que están determinadas y condicionadas por los otros.

La “estructura social” aquí es la red de normas, jerarquías, instituciones y relaciones de poder que condiciona la conducta individual.

¿Qué es lo que nos atraviesa y contiene? El significante.

El significante es el dictum cuya idea se descifra y se traduce en determinismos sociales predecibles. Ese dictum crea patrones de comportamiento, modos de pensar y obrar, hablas y decires, que se internalizan en el cuerpo social. De allí surgen las conductas de mando y obediencia que sostienen el orden de lo políticamente correcto: unos imponen, otros toleran.

Efecto en el individuo

La sociedad nos atraviesa → moldea nuestras decisiones, deseos y acciones.

La sociedad nos contiene → nos sitúa dentro de límites, roles y jerarquías que organizan la convivencia y el poder.

El hombre nace bueno, la sociedad lo corrompe, escribió Jean-Jacques Rousseau.

Rousseau sostiene que el ser humano, en su estado natural, es bueno, libre y compasivo. Es la vida en sociedad —con sus normas, desigualdades y estructuras— la que introduce: la competencia, el egoísmo y la corrupción moral.

Illex

Illex es la grieta. Donde el sentido se cierra, algo queda fuera. No es ley: es resto. El sujeto emerge donde el discurso falla.



Columna derecha

Nicolás Maquiavelo

Nicolás Maquiavelo, Florencia (1469-1527), diplomático, funcionario, filósofo político y escritor italiano, considerado por Thomas Hobbes el padre de la Ciencia Política Moderna.



Nicolás Maquiavelo

Max Weber - El capitalismo y la ética protestante

Los patrones sociales y de poder se internalizan en la vida cotidiana. Esto crea hábitos que se reproducen en estructuras de autoridad y normas. No solo se nos imponen; los vivimos, actuamos dentro de ellos y los perpetuamos. Es el efecto de la estructura social sobre la acción individual.

Acción social: las acciones de los individuos tienen sentido dentro de un marco social. Cada gesto, obligación o mandato está influenciado por normas, expectativas y relaciones de poder.

Tipos de autoridad:

Racional-legal: reglas y leyes que organizan la sociedad, como el trabajo o la burocracia.

Tradicional: costumbres que se repiten y que estructuran la vida cotidiana (el militar, el patrón de la empresa, el médico, el docente).

Carismática: figuras que ejercen poder sobre otros por su autoridad personal (el sacerdote, el artista).

Las frases espejo, como la racionalidad social, expresan mandatos y obligaciones que se repiten, puesto que se imponen como estructuras estructuradas estructurantes de lo social (el adulto, instituciones como la familia o la administración de justicia).

Temperley, 1ro de noviembre de 2008

Gustavo Ricardo Rodríguez

Lic. en Filosofía – USAL

Lic. en Psicología – UBA

Psicoanalista

Investigador IIPC / USAL